



EN UNA ESTACION

Por AZORIN

Se hablaba en nuestra tertulia del café de la Rosa Amarilla, en la calle de Alcalá, de las modificaciones del carácter. Se admitía la modificación, más o menos honda; se dudaba de un cambio debido a algo con efectos presentáneos. No compartía yo con mis contertulios estas dudas; creía que los cambios radicales existen. Y citaba en mi abono el caso del duque de Gandía, marqués de Lombay, caballero mayor, grande de España. Pintaba yo a mis amigos el cuadro de Francisco de Borja, en Granada, en el enterramiento de la emperatriz Isabel, abierto el ataúd y contemplando el futuro santo el cuerpo alterado ya de la hermosa señora. Convenían todos conmigo en la verdad del caso; pero añadían que no me sería posible citar alguno más.

—Señores—exclamé yo—, no tengo erudición para confutar a ustedes. No me es dado, al menos en estos momentos, aducir algún otro ejemplo tomado de la Historia. ¡Qué le vamos a hacer!

Sonreía yo al proferir tales exclamaciones; advirtiéronlo mis amigos; sospecharon algo de mi sonrisa. Y yo, entre tanto, callaba y les dejaba que hicieran sus cábalas. Como mi silencio—silencio enigmático—no podía prolongarse mucho, acabé agregando:

—¿Ustedes trataron a Eduardo González? Sí que le habrán leído; conocerán sus bellas poesías. Eduardo González es uno de los más delicados poetas españoles. Y este poeta, ¿saben ustedes lo que me va a proporcionar a mí esta tarde? Pues un triunfo sobre el escepticismo de ustedes. ¿Y cómo puede ser eso? Sabiendo de Eduardo González lo que yo sé.

Callé un momento; esperaron todos que continuase, unos risueños y otros fruncido el entrecejo, y yo, al cabo, proseguí de este modo:

—Conocí a Eduardo González, no en sus primicias, sino en su ocaso. Quiero decir que nuestra amistad se trabó cuando el poeta era ya senecto. Un día, como es-